

“BREVE HISTORIA DE LA LITERATURA CHILENA”, por *Arturo Torres-Rioseco*. “Manuales Studium”, número 1. Ediciones de Andrea, México, 1956, 176 páginas

Arturo Torres-Rioseco es vastamente conocido en América y Estados Unidos, por su cátedra en la Universidad de California, por la presidencia del Instituto de Literatura Iberoamericana, y por una decena de libros, entre los que se destacan y conocen más: *La novela en la América Hispana* (Berkeley, 1939), *Novelistas contemporáneos de América* (Santiago, 1939), *Vida y poesía de Rubén Darío* (Buenos Aires, 1944) y *La gran Literatura Iberoamericana* (Buenos Aires, 1945 y 1951).

Ahora enfrentamos su última obra, *Una breve Historia de la Literatura Chilena*, volumen inicial de los “Manuales Studium”. En la misma colección han aparecido otras obras de considerable interés para nosotros como la *Breve Historia del Ensayo Hispanoamericano*, de Robert Mead Jr., y la *Breve Historia del Teatro Latinoamericano*, de Willis K. Jones; la colección completa constará de unos veinte volúmenes sobre interesantes materias relacionadas con la literatura hispanoamericana.

El crítico que acepta o desea escribir un manual o el panorama de una literatura nacional, conoce —o debe conocer— los peligros y las limitaciones que tal labor significa. Si su obra no está al día en la investigación, antes de nacer se convertirá en depósito extemporáneo de lugares comunes y superados, que tendrán nueva vida —nociva para muchos— y que se repetirán al pie de la letra por quienes piensan que las manifestaciones literarias han de verse, como un peso muerto, a través de colecciones de juicios y no por medio de un enfrentamiento con los textos mismos, para extraer de ellos observaciones directas sobre el estilo, las implicaciones ideológicas, culturales y, en fin, la configuración de una época y la visión que de ella posee el creador: su biografía, los datos familiares y la cronología, a veces —con las excepciones en que vida y creación son inseparables: Lope,

Garcilaso, Darío, por ejemplo— importan menos que el asomarse, aunque sea brevemente, al estilo de un escritor. Si, por otra parte, quien escribe un manual no rehúye los juicios generales, las opiniones confusas y polivalentes que convienen a multiplicidad de autores y nos niegan el retrato exacto y verdadero, jamás se lograrán los perfiles definidos, los matices diferenciadores, las visiones justas de corrientes y creadores enjuiciados. Peor ocurre cuando la bibliografía empleada es antigua, escasa o general: no podemos desconocer que, en este caso, Torres-Rioseco acude a las fuentes principales y, en general, ha seguido con acuciosidad ese aspecto.

Dice el profesor chileno en “Palabras preliminares” de su historia: “Está escrita con criterio objetivo dentro de los límites posibles de este concepto. El punto de vista de los críticos chilenos ha sido tomado en cuenta constantemente en citas directas e indirectas. Creo que una síntesis de la suma total de juicios, opiniones y definiciones, de historiadores y críticos, constituye el cuadro de una literatura” (página 7). Quiere decirnos el autor que no es mucha la originalidad que debemos esperar de su visión; aunque sí, nos advierte, “lo único original es acaso la imparcialidad del examen y lo completo de la visión panorámica. Lógicamente se han omitido muchos nombres de escritores muy jóvenes, todavía no definitivamente formados” (ibídem). Entendemos, de acuerdo con lo anterior, que figurarán quienes deben aparecer, situados en enfoque objetivo —lo que no podemos desconocer en el libro— y que si se estudian escritores muy jóvenes, por ejemplo, nacidos entre 1925 y 1930, se debe a su verdadero valor y a su carácter representativo. Así comprendemos que figuren Miguel Arteche (nacido en 1926), o Alfonso Laredo, del mismo año, pero ¿por qué se omiten escritores, más o tan representativos como éstos, y con más obra realizada, nacidos entre 1910 y 1920, como Gustavo Ossorio y Gonzalo Rojas, en el campo de la poesía, o Baltasar Castro en la novela? Frente a estas omisiones, ¿por qué la presencia de Hernán Cañas Flores, Víctor Castro, etc.? La objetividad, en síntesis, no se conjuga con la visión “completa” que supone entregarnos el autor. La obra, también, se ha escrito con

un "carácter más pedagógico que crítico, ya que está destinada a estudiantes y aficionados a las bellas letras" (página 7). El "carácter pedagógico" de una obra de esta especie, ¿autoriza para despacharla sin esfuerzo y acuciosidad? ¿Los "estudiantes y aficionados a las bellas letras" se conformarán con tan pequeña contribución de un crítico tan reputado? ¿Con una visión incompleta y superficial de nuestra literatura se facilita su conocimiento en el extranjero?

Sobran las respuestas.

A primera vista, ha sido trazada con un criterio de exposición blando, nada riguroso en la terminología, extemporáneo, con deslices hacia una crónica social de nuestra literatura ("su distinguida obra poética", se dice de la de Oscar Castro, página 152). De Pedro de Oña, por ejemplo, y de su poesía barroca, se escribe que es "fenómeno digno de mención en un hombre nacido en un extremo del mundo, lo que indica la fuerza de penetración de la cultura española del siglo XVI" (página 11), lo que supone olvidar o desconocer que la impregnación gongorina en el autor del *Arauco domado* y *El Vasauo*, se produce en el Perú, donde el poeta residió la mayor parte de su vida, y donde Góngora tuvo seguidores, como Juan de Ayllón, Rodrigo de Valdés, Juan del Valle Caviedes, y panegiristas, como Juan de Espinosa Medrano, "el Lunarejo", autor de un raro e interesante *Apologético en favor de don Luis de Góngora* (1662). El período peruano del poeta de Angol ha sido estudiado eruditamente por el ensayista y profesor de la Universidad de San Marcos, Raúl Porras Barrenechea. Además, la influencia de Góngora invadió, con distinta cronología, toda América, si bien los ecos chilenos del poeta cordobés fueron menores y de más breve representación que los mexicanos o ecuatorianos.

Vemos en esta *Breve Historia*... la mención de los autores ordenada en forma de diccionario cronológico-biográfico, en grandes agrupaciones por géneros, lo que supone miradas superpuestas y aisladas, sin enlace con corrientes, influencias o agrupaciones generacionales. Ni la generación de 1886, ni la de 1900, ni la de 1920, ni la de 1940 se estudian en conjunto; en cambio, se analiza con acierto

y pormenor, la de 1842. Los desgloses generacionales o de grupos que tuvieron un propósito común, una figura o pensamiento cohesionadores, convierten al estudio en una amplia —pero incompleta— galería de retratos solitarios, una sala en que de cuadro a cuadro hay distancias insalvables.

A veces resulta caprichosa la extensión del estudio de cada autor: así, a Gabriela Mistral se le conceden treinta líneas, y el mismo número a Eduardo de la Barra —mediano versificador del siglo pasado— y a Juan Marín, lo que, mirando objetivamente, no tiene razón de ser; como tampoco la tiene que se estudien figuras secundarias, como Eusebio Lillo o Guillermo Blest Gana, con más detenimiento que a nuestro Premio Nobel. No menos caprichoso es hablar de la crítica del “postmodernismo” para referirse a “Alone”, Ricardo Latcham, Raúl Silva Castro y otros; la terminología “postmodernismo”, “ultramodernismo” y otros *ismos* parecidos, poseen significación precisa, que cualquier lector de la magistral *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1934), de Federico de Onís, puede conocer y aplicar con exactitud.

Las omisiones abundantes, son excesivas para la afirmación preliminar que señala “lo completo de la visión” (página 7).

Con temor de cansar a los lectores, ofrecemos una lista de las omisiones que son más notorias en el volumen, que por lo mismo que está destinado al estudiante y al extranjero, debería ser una visión más documentada, completa, puesta al día rigurosamente. Están ausentes del libro: Manuel Bilbao, considerado por algunos como el iniciador de la novela chilena, con *El Inquisidor Mayor* o *Historia de unos amores* (Lima, 1852); Pedro Balmaceda Toro, el infortunado “A. de Gilbert”, importante en el breve capítulo del modernismo chileno, por su obra, su influencia y su amistad con Rubén Darío, a quien amplió, franqueándole generosamente libros y revistas, el conocimiento de la literatura francesa que era novísima en los años chilenos del poeta nicaragüense (1886-principios de 1889); Angel Custodio Espejo, cuyos *Cuentos de Alcoba* ilustran acerca de la huella del naturalismo en Chile; Zorobabel Rodríguez; los costum-

bristas Pedro Ruiz Aldea y Moisés Vargas, autores que ha editado y prologado con erudición Juan Uribe Echevarría; Juan Barros, famoso por su novela de clave *El zapato chino*, hoy joya bibliográfica; Francisco Hederra, el novelista de Talca autor de *El tapete verde*; Juan Modesto Castro, autor de *Cordillera adentro* y *Aguas estancadas*; Antonio Acevedo Hernández, figura archiconocida en nuestros medios literarios; Diego Muñoz; Daniel Belmar, ausencia inexplicable, tratándose de este novelista de renombre continental; Baltasar Castro; Enrique Araya, uno de nuestros pocos humoristas; María Carolina Geel y muchos otros autores que han publicado en el período 1940-50 y no pueden hoy considerarse como principiantes.

En el terreno del ensayo, la historia y la interpretación sociológica de lo nacional, están ausentes nombres de categoría: Nicolás Palacios, autor de *Raza chilena*; Gonzalo Bulnes y su *Guerra del Pacífico*; Alberto Cabero y *Chile y los chilenos*; Alberto Edwards y *La fronda aristocrática*, y, además, Carlos Silva Vildósola. Si hay autores que en el extranjero pueden dar una idea y dimensión de los chilenos, éstos son los nombres que en la obra de Torres-Rioseco, por desgracia, se han omitido.

Algunos valores de nuestra escasa literatura dramática se echan, asimismo, de menos: Carlos Bello, hijo del famoso humanista venezolano e interesante figura de los comienzos de nuestro teatro, por su obra *Los amores del poeta*; Daniel Caldera, Armando Mook, Carlos Cariola y Antonio Acevedo Hernández (1), cuyo nombre está olvidado, también, en la sección de los narradores. La verdad es que no se habla, en el libro, del teatro chileno.

La representación femenina de nuestra literatura aparece muy recortada: siete autoras; el nombre de María Monvel no se lee en página alguna de la *Breve historia*...

Esperábamos de la pluma de Torres-Rioseco un panorama más

---

(1) Estos autores, de relieve en nuestra literatura dramática, son estudiados con amplitud en la obra de Willis K. Jones, *Breve Historia del Teatro Latinoamericano*, "Manuales Studium", vol. 5. Ediciones de Andrea, México, 1956. A Acevedo Hernández se le dedican las páginas 104-106, y a Armando Mook, las 106-109.

acertado de nuestras letras: ya al comenzar a leerla nos pareció extraño que, al hablar fugazmente de Pedro de Valdivia, nunca se indicara que escribió varias cartas de relación que, para muchos, son el hito inicial de la expresión literaria nacional. En el transcurso de la lectura y a medida que se multiplicaban las anotaciones marginales, confirmamos, objetivamente, que en el libro no aparece el verdadero rostro de nuestra literatura y que nada añade al prestigio de que goza su autor en el mundo hispánico.—*Juan Loveluck*.



“SEMBLANZAS Y ESTUDIOS ESPAÑOLES”. Homenaje ofrecido a don Américo Castro por sus ex alumnos de Princeton University, Princeton, N. J., 1956 (Ediciones Insula, Madrid, 1956). LVI + 438 páginas

En la hora de su jubilación en la Universidad de Princeton, donde fue catedrático desde 1940 a 1953, los ex alumnos de Américo Castro decidieron rendirle el más justo homenaje que puede recibir un maestro de su talla: la recolección, en un volumen, de algunos de sus más interesantes artículos y ensayos aparecidos en periódicos y revistas, ensayos y artículos que, de otro modo, acaso nunca hubiesen sido conocidos por quienes no tienen acceso a bibliotecas de consideración. El resultado de tal idea de homenaje es este voluminoso libro que permite conocer aspectos variados del escribir y el pensar de don Américo.

Después de una breve “Biografía de Américo Castro” (páginas XXV-XXVI), con una gran sorpresa para muchos: Castro nació en Río de Janeiro, sigue una completísima “Bibliografía de A. C.” (páginas XXVII-LIII); ofrece 312 fichas, correspondientes al quehacer de A. C. desde 1910 hasta 1955; ha sido preparada por Albert Brent y Robert Kirsner.

En la “Advertencia editorial”, el compilador de los estudios señala que en tres de las cuatro secciones de que el *Homenaje* consta, la ordenación de los textos corresponde a su línea cronológica de